

A través del espejo

Juan Patricio Riveroll

DANDO VUELTAS EN LA RED PARA ESCRIBIR ESTAS LÍNEAS me doy cuenta que después de *El filósofo declara*, Juan Villoro estrenó otra obra de la que por desgracia no me enteré. La del filósofo la vi dos veces, una en el Teatro Santa Catarina, en Coyoacán, y otra en el Foro Shakespeare, en donde tuvo una segunda temporada dado su rotundo éxito. También supe que la adaptaron en el puerto de Buenos Aires y que esa puesta en escena fue —según mi contacto mexicano en exilio voluntario— superior a la que se vio aquí, aunque eso quizá sea cuestión de gustos. La dirección de Antonio Castro y las actuaciones de Arturo Ríos y Emilio Echevarría conquistaron al público de una forma inusual en la dramaturgia nacional, con un texto de primer orden que mezcla la discusión filosófica con el humor y las relaciones entre dos amigos que en realidad son enemigos, aunque esta simplificación no le hace honor al drama que se desarrolló en dichos escenarios. Y encuentro un texto de Jorge Hernández, amigo cercano de Villoro, en el que dice inclinarse por *Conferencia sobre la lluvia* como su preferida, justo la que me perdí. Lo esencial y lo trágico del teatro es que de no verse en vivo, se esfuma como lágrimas en la lluvia, siendo un texto hecho para representarse.

El Teatro Helénico propuso como el plato fuerte de su programación durante agosto y septiembre *La desobediencia de Marte*, la cuarta obra de Villoro, de nuevo dirigida por Castro y protagonizada por Joaquín Cosío y José María de Tavira,



La desobediencia de Marte
Dramaturgia de Juan Villoro
Dirección de Antonio Castro


en un tono muy similar a la del filósofo, con esa seriedad en los momentos de peso dramático y esa ligereza en los brochazos de hilaridad. El argumento trata sobre el encuentro de Tycho Brahe y Johannes Kepler en el año 1600, el primero un científico empírico veterano y en cierta forma una suerte de mentor para Kepler, aunque constantemente rivalizan. Abre el telón en plena borrachera, en un castellano neutro que emula el latín que supuestamente hablan, con algunas frases (también supuestamente) en alemán por parte de Kepler y que Brahe detesta, y aunque se desprenden algunas risas de este intercambio y del hecho de que dos grandes mentes se enfrenten con semejante nivel étlico, lo más interesante surge cuando se rompe el embrujo de la representación y el público descubre que en realidad atestigua un ensayo con vestuario para una obra próxima a estrenarse. Cosío y de Tavira salen de personaje para entrar a un meta personaje: dos actores en escena como ellos en ese instante, dos papeles cercanos a su piel por el simple hecho de ser también ellos actores. La confrontación sigue pero en otro plano, en la época actual que remite a una época reciente: cuando la madre del actor joven, ya fallecida, era también joven.

La discusión de los astrónomos de antaño es conceptual, queda en el plano intelectual a pesar de lo estrecho de su relación, aún cuando Brahe está en su lecho de muerte, mientras la pugna entre los actores tiene un carácter íntimo y trascendental para el espíritu de ambos. De los descubrimientos de Kepler se benefició el mundo, y el sólo hecho de representar al personaje histórico en escena es un loable atrevimiento, sin embargo, el drama “real” de los actores acaba siendo el hilo que soporta la obra, el pasado que uno de ellos ignoraba y que el otro, el experimentado intérprete al que no le queda mucho tiempo de vida, quiere contar, pero las grietas generacionales y las habladurías propias del gremio son un obstáculo que él está empeñado en sortear, para deleite del público.

La metaficción es un ingrediente fantástico. El medio que contempla su reflejo y dialoga consigo mismo, de Don Quijote a *Las meninas*, de *El canto del cisne* de Chéjov a *8 1/2*

de Fellini, *La desobediencia de Marte* se inscribe en esa tradición al desdoblarse y hacer de ese desdoblamiento su columna vertebral, porque además del diálogo entre los astrónomos y el de los actores-personaje está el de Cosío y de Tavira, que en cada función se enfrentan como antes lo hicieron El profesor y *El pato* Bermúdez en manos de Ríos y Echevarría en *El filósofo...*, con la gran diferencia de que éstos encarnan a un par de intelectuales-académicos. Quienes no somos actores jamás sabremos el reto que significa representar en escena a un personaje que también es actor. Podría parecer fácil, y en cierta medida tendrá sus ventajas, pero habría que preguntarnos cuántas veces en la vida nos confrontamos realmente, cada cuánto nos acercamos al espejo en un esfuerzo consciente por profundizar en nosotros mismos. Es más fácil ver y juzgar a los demás, como de igual forma ha de ser más cómodo representar a un personaje que tenga poco que ver contigo, como Brahe y Kepler. Y encima de todo Villoro se mofa de sí mismo al poner en boca del actor veterano interpretado por Cosío que “el autor de la obra es un imbécil con éxito”, y el consejo que le da al joven: “nunca te pongas del lado del autor”, como si la aguda mirada de Velázquez, el pintor, observara al público desde el escenario.

Tiene mucho de *A Life in the Theatre*, una obra de David Mamet sobre la relación de dos actores, y en ambas el mayor acaba por olvidar sus parlamentos, un pecado capital en el teatro y un hecho irremediable para la mente en su estado caduco. Una pelea de box o más bien de esgrima: uno contra otro ofreciendo el espectáculo de ese encuentro.¹

La calidad de la dramaturgia de Villoro y el éxito que tiene con el público están labrando el camino más interesante dentro de su amplia y diversa bibliografía, uno que debe de seguir explorando ya con la confianza de varias victorias bajo el brazo. 

¹ Cabe mencionar la escenografía de Damián Ortega, un artista consagrado que con un puñado de objetos acentúa ciertos momentos de la obra, iluminados como centellas que brillan como los astros a los que refieren los astrónomos.